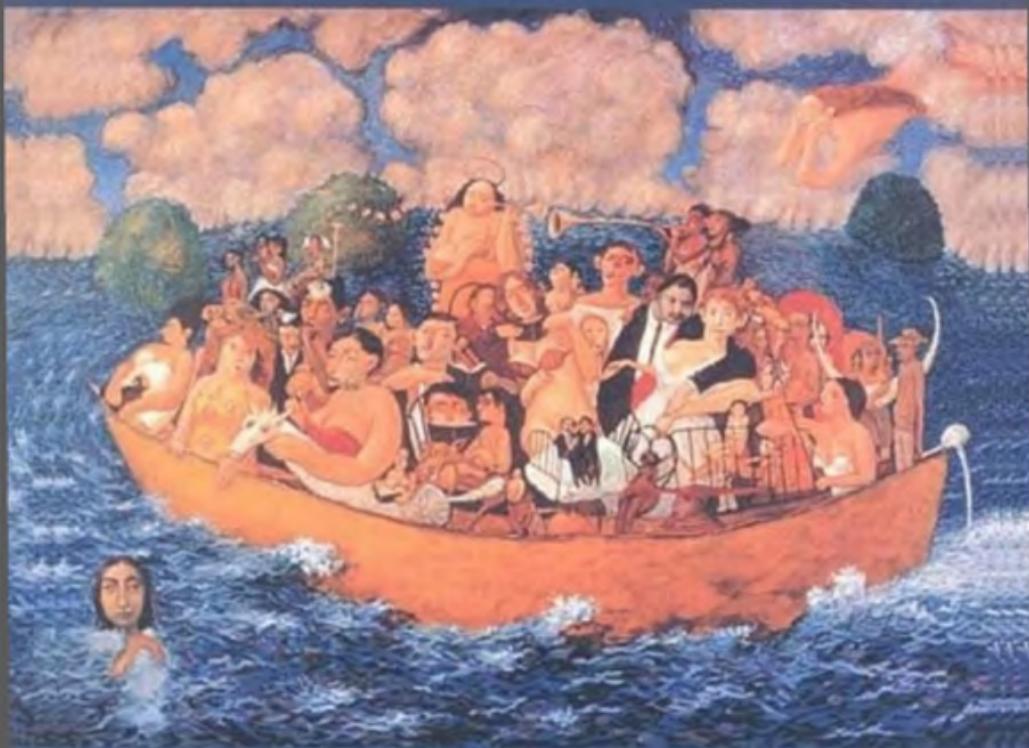


ROGELIO SINÁN

# La Isla Mágica



UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PANAMÁ  
Panamá, 2002

# **LA ISLA MÁGICA**



**Rogelio Sinán**

**LA ISLA MÁGICA**

**Universidad Tecnológica de Panamá**  
**2002**

**Colección «Testimonios Nacionales»**

**No. 3**

P.

863

S61

Sinán, Rogelio

La isla mágica / Rogelio Sinán; ilustrador Brooke Alfaro. —  
3ª ed. — Panamá : Universidad Tecnológica de Panamá, 2002.  
550p. ; 23cm

**ISBN 9962-802-21-8**

1. LITERATURA PANAMEÑA — NOVELA  
2. NOVELA PANAMEÑA. I. Título

**La isla mágica**

Primera edición: Instituto Nacional de Cultura, Panamá, 1979.

Segunda edición, corregida: Ediciones Casa de las Américas, La Habana (Cuba), 1985.

Tercera edición: Universidad Tecnológica de Panamá, Panamá, abril de 2002.

© Rogelio Sinán Domínguez, abril de 2002

© Ruth de Perdomo, abril de 2002

© Universidad Tecnológica de Panamá, abril de 2002

ISBN 9962-802-21-8

Editor: Enrique Jaramillo Levi

Pintura de portada:

**Brook Alfaro**, «*La virgen del sordo*», óleo sobre tela, 42" x 64" (Colección privada)

Fotografía de Rogelio Sinán en contraportada: Carlos Montúfar.

Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo la autorización de la familia Sinán o del editor.

Impreso en Editora Sibauste, S.A.

Ciudad de Panamá, República de Panamá

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
DECÁLOGO PRIMERO	13
I Contrapunto simbólico en memoria del héroe	15
II El Paso de las Ánimas	20
III Las brujas ayudaron a Felipe	25
IV Pro mutuo beneficio	29
V Se bañaba desnudo en la charca de los gansos	37
VI Anel y peje	43
VII Lázaro, surge et ámbula	46
VIII Felipe cae en el garlito	51
IX Señales de mal agüero	54
X Los muertos son como los vampiros	59
DECÁLOGO SEGUNDO	69
I Goyo Gancho vuelve a ser libre	71
II Desde ese día Felipe se volvió incrédulo	74
III Cólico miserere	78
IV ¿Qué vaina es esa de la guerra?	82
V El legado del prócer	88
VI Un mascarón de proa en figura de una bella sirena	92
VII Goyo Gancho a la guerra	96
VIII Norina era bonita y putita	103
IX Rivalidad entre Felipe y un macho cabrío	109
X La imitación de Lot	113

DECÁLOGO TERCERO	119
I Elecciones espurias	121
II Guerrillero anónimos	127
III El duende era un negrito de ojos garzos	132
IV Las barbas de Ladera	137
V Un auténtico vicario del Señor	141
VI Nupcias de Pipe y la burra	147
VII El tesoro escondido	152
VIII El mar junto a la popa estaba rojo	156
IX Felipe se burla de Titila	159
X Yes we have no bananas	163
163	
DECÁLOGO CUARTO	171
I La encuerada del siglo	173
II El hombre de la barba nazarena	179
III Triunfal entrada de Jesús en Jerusalén	185
IV Pipe, el mero y el tiburón	190
V ¡Pobre Fifí!	193
VI Pompas fúnebres	200
VII La quintaesencia del marinismo	206
VIII Músico preso por desfalco	211
IX ¡Soberbio, Majestad! ¡Tiro certero!	216
X Galletas de jengibre	221
DECÁLOGO QUINTO	225
I Incesto y satiriasis	227
II No se sentía del todo responsable	233
III Sólo eran luces de Bengala	239
IV Martingalas de un místico	245
V El leviatán llegó a la isla	251
VI La devota lectura de libros orientales	255
VII Marino abanderado del carnaval	258
VIII Funeral de la burlas	263
IX Semen retemptum venenum est	270
X ¡No hay perdón!	277

DECÁLOGO SEXTO 281

I	Cándida regresa como maestra	283
II	Gariteros, ladrones y asesinos	288
III	Comepán y los negros	292
IV	Faustina invoca al fastama	296
V	Eddy, el <b>Blue Moon</b> y el amuleto	300
VI	Glorificado sea el pecado	304
VII	Sepultan al fantasma píamente	308
VIII	Mimila mata al duende	311
IX	Más vale serlo y no parecerlo	315
X	Felipe cena con el difunto	320

DECÁLOGO SÉPTIMO 325

I	Una señal mesiánica	327
II	¡Crucifícalo! ¡Crucifíqueno!	333
III	Ave gratia plena Dominus tecum	340
IV	La América para los americanos	343
V	Jesús hizo el milagro de preñar a Milagro	346
VI	Un caso de inmaculada concepción	351
VII	Honores para el hijo de un héroe	360
VIII	Malos presajios de Papa Chente	366
IX	El yumeca y la bruja	370
X	El regreso de la Walkiria	374

DECÁLOGO OCTAVO 379

I	Las copróforas	381
II	Danilo, Eva, la Virgen y Rosina	386
III	La mansión de los Lípero	393
IV	El Santo Clavo	398
V	Romance pedagógico	405
VI	Una carta fatídica	408
VII	Tiburones de los mares del Sur	414
VIII	Un insólito Tabernáculo	420
IX	La sangre no llegó al río	425
X	El caballero de la fe	429

DECÁLOGO NOVENO

433

I	La corvina dorada	435
II	La mágica epifanía de la sangre	445
III	Lucha de Jacob con el ángel	449
IV	Una especie de complejo de culpa	456
V	Fracaso de una misión soteriológica	460
VI	Un sacerdote semejante a Jesús	469
VII	Peripecia en las regiones australes	473
VIII	Desventura de Cándida en la poza	478
IX	Un obsceno demiurgo dionisiaco	485
X	Luna de miel en <b>La Marina</b>	492

DECÁLOGO DÉCIMO

497

I	Cairote pudo haber sido el sátiro	499
II	Felipe invita a la estatua	505
III	No te preocupes, lindo Nazareno	509
IV	Señor, hagamos cuentas	514
V	Abrahán no debe matar a Isaac	519
VI	Las siete palabras	525
VII	El filtro mágico	530
VIII	El fatal ángel de Sodoma	534
IX	La libertad de Judas	539
X	Una isla mágica para un pueblo mesiánico	544

## **AGRADECIMIENTO**

**La Universidad Tecnológica de Panamá  
agradece el desinteresado patrocinio  
de la Embajada de Francia y de  
Editora Sibauste, S.A. en la publicación  
de este libro. Sin su apoyo este esfuerzo  
editorial no hubiera sido posible.**



## INTRODUCCIÓN

*La trascendencia de la obra literaria de Rogelio Sinán (1902-1994), y por tanto su significativo aporte a la cultura panameña y universal, están fuera de toda discusión. Sin embargo, es la crítica, en Panamá y en otros ámbitos, la que ha quedado a la zaga de su importancia en el estudio organizado y sistemático –profesional– de la obra poética, cuentística, novelística y teatral de este auténtico hombre de letras, el centenario de cuyo nacimiento se cumple el 25 de abril de 2002. Una obra que merece, en su totalidad, ser analizada, revalorada y reeditada por las entidades oficiales que correspondan, pero también mediante otras iniciativas.*

*Es así que, tras obtener en 2001 la autorización de la familia Sinán, la Universidad Tecnológica de Panamá decidió emprender un titánico esfuerzo por reeditar, a tiempo para la celebración de este Centenario, **La isla mágica**; sin duda la obra cumbre del escritor tabogano y probablemente la más extensa novela escrita hasta el momento por un panameño. Pero diversas promesas de patrocinio se fueron frustrando a medida que la situación económica del país se hacía más difícil –al menos este fue el pretexto–, hasta que solamente contamos con el desinteresado apoyo de dos entidades: la Embajada de Francia en Panamá y la Editorial Sibauste, S.A., empresa esta que asumió la responsabilidad de tener lista la nueva edición para presentarla como parte del programa de eventos realizados del 22 al 26 de abril de 2002, en la «Semana del Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán 2001-2002».*

*Le estamos profundamente agradecidos a ambos patrocinadores por su generosa contribución al conocimiento de tan singular obra, la cual tenía 17 años de estar agotada. Porque en realidad, habiéndose publicado por primera vez en Panamá en 1979 –obtuvo el Premio Ricardo Miró de novela en 1977– en una defectuosa edición del INAC que fue desautorizada por Sinán, no es hasta 1985 cuando*

*se publica en La Habana, Cuba, en Ediciones Casa de las Américas, la edición que su autor consideró definitiva; pero dicha versión, a la que Sinán aprovechó para introducir cambios, circuló muy poco en su momento en Panamá, por lo que su promoción fue mínima.*

*Es así que ahora orgullosamente damos a conocer esta tercera edición de **La isla mágica**, novela que en su momento escandalizó y fue anatematizada por la ortodoxia católica y reprobada sin contemplaciones por los puritanismos de la época, sin entenderse entonces sus grandes méritos estéticos (innovadoras técnicas narrativas, diversos niveles temporales y de lenguaje que dan original estructura al texto), humanos (excelentes caracterizaciones en los múltiples personajes, con toda la gama de vicios y virtudes, libertades y desasosiegos propios de quienes viven en el trópico y cerca del mar) y sociales (semblanza satírica de la Taboga criolla en la primera mitad del siglo XX).*

*Dividido en diez decálogos (es decir, en cien relatos distribuidos en diez partes o segmentos a la manera del **Decamerón** de Boccaccio), es una obra repleta de situaciones insólitas, míticos personajes y arabescos extraordinarios, como bien lo señala Fernando Navas en su ensayo «La magia insólita de una isla» (**Maga**, No. 29, Panamá, octubre-diciembre de 1996).*

***La isla mágica** es una de las novelas más complejas que se hayan escrito en Panamá. Su apego a la tradición (Cervantes, Dante, Boccaccio, Petrarca, las tragedias griegas, el Nuevo Testamento) y su modernidad (uso del «collage» escénico, fusión de lo sagrado y lo profano con los más diversos mitos, sabrosa oralidad, las muchas historias y personajes que se yuxtaponen y se complementan) nos dan una visión de conjunto en la que la gente de Taboga forma el contexto de un microcosmos fársico y profundamente lúdico en que se mueven supersticiones e hipérbole en una tropical cotidianidad tan irreverente como alucinante.*

*Enrique Jaramillo Levi  
Panamá, 25 de abril de 2002*

# **DECÁLOGO PRIMERO**





## Contrapunto simbólico en memoria del héroe

—Mis queridas alumnas, basta por hoy. Al concluir mi elogio deseo expresarles, en calidad de amiga y educadora, mi espontáneo y más íntimo sentir sobre el héroe a quien todas, de mutuo acuerdo, hemos resuelto dedicar esta estatua. Juan Felipe Durgel merece el cálido honor que le rendimos no sólo por su vida ejemplar sino porque hoy se cumplen diez años de su sensible fallecimiento.

—¡Vaya tupé! ¿La oyes, Malala? Tú sabes que ese truhán fue mi desgracia. Por culpa de él murió mi nieta, que en paz descansa. Lo absurdo es que a pesar de esa infamia le hace la apología. Lo encumbra como a un varón ilustre. ¿De cuándo acá fue insigne su prosapia? El negro Pipe descendía de lo peor. Tú lo sabes. Las Durgel, madre e hijas, instauraron aquí la más preclara dinastía de las putas. Tu sobrina está loca, María Adelaida.

— Amadas educandas, todo en la isla recuerda con cariño y ternura a Juan Felipe Durgel. ¿No escuchan como un rumor de voces? Es la forma de hablar de las criaturas de la Naturaleza. Para ellas él continúa viviendo, pues desde niño se mantuvo en contacto con ese mundo mágico que nos rodea día y noche: brisa, árboles, campanas; mar, balandras, gaviotas; peces, mariscos, olas; nubes, tormentas, frutas. ¿No creen que la quebrada lo evoca en sus recuerdos?

— Claro, ¿cómo olvidar al niño que entre mis aguas se divertía, desnudo, prieto como un diablillo? Con madera de balsa y engranajes de inservibles relojes hacía mínimos botes con los que, compitiendo en regatas, lograba superar a sus compinches.

— Tampoco yo, que soy el mar, olvido al robusto adolescente que nadaba veloz entre mis olas sin dejarse vencer. No les temía ni a las voraces tintochas.

— Aplicadas alumnas, no tergiversen mis palabras ni acudan al rubor intimidadas por lo que voy a confesarles. Escuchen con unción: Felipe fue un misterio gozoso. (**No me beses, Chompipe.**) Había resuelto situar la esfera de sus constelaciones en todo vientre de mujer.

— Bien sabes que fue un cínico, Malala, un impúdico violador de doncellas. Sólo pensaba en la pagana rebeldía de la carne contra la Ley de Dios. Por su vida de oprobio y de pecado debe ahora estar sumido en el infierno achicharrándose con otros condenados. Te invoco a ti, Luzbel, ¿dime qué opinas de ese huésped egregio?

— Mejor no me lo mientes. No pude someterlo ni encasillarlo según mis pautas milenarias. Nuestras computadoras estuvieron a punto de estallar. Felipe no tenía credenciales ni siquiera aptitudes para vivir y someterse a un régimen sistematizado como el que impera en el Infierno. Tampoco fue admitido en el Purgatorio. Menos pudo colocarse en el Reino de los Cielos. Tuvimos que dejarlo en libertad y a su libre albedrío, pues tuvo el cinismo de decirnos que no creyendo en pájaros preñados, prefería ser satélite mostrenco. Aún sigue errante, tal vez a la deriva. Murió como vivió, siempre en contradicción consigo mismo, pero no por su culpa. No tuvo más remedio que ser un transgresor de la Ley sencillamente porque así figuraba en los signos de su cábala. Su dosis de lujuria, por fortuna, tenía a su haber un privilegio: estaba exenta de inhibiciones. Por eso sus instintos eran irrefrenables. La libídine lo hacía actuar como un tigre sobre su presa. El hambre es lo que impulsa a la bestia que, sin saberlo, es cruel. De igual manera, a veces, la posesión sexual tiene apariencias de ser un acto cínico o perverso o satánico. Quien lo ejecuta goza, sacia su hambre, y es inconsciente de su propia violencia. Obedece a un mandato inexorable. Desde luego, es lógico que a mí me echen la culpa. Pregúntenselo a Dios que es mi creador. Yo me lavo las manos como Poncio Pilato. De todos modos, los beatos de tu clan, Vicente Barcia, me siguen calumniando aun a sabiendas de que cualquier gesta genésica se rige por ordenanzas pánticas.

— Dilectas jovencitas, Juan Felipe Durgel tenía el destino del sembrador Adán a quien Dios dijo: siembra tu semen, ahonda, multiplicate. (**No me toques, Chompipe.**) Es ésa la razón por la cual sometióse al gran dictado divino sin poner cortapisas a su insaciable furor de ser ni aun a su desmedida ansia de deshacerse.

— El muy ladino tenía la fatua e inmodesta pretensión de imaginarse que todas las doncellas de la isla (como si le debieran vasallaje) debían pasar bajo sus horcas caudinas, pero tú sabes, Lala, que era un pobre infeliz sin raciocinio. Se burlaba de las cosas de Dios y de la Iglesia.

— Nosotras, las campanas no lo quisimos mal. Supo tocarnos con cariñoso tacto para hacernos cantar. ¿Cómo culparlo de su heroísmo fálico si lo hizo para que se cumplieran las Escrituras?

— Por tal razón, debo decíroslo, inocentes alumnas, Felipe prodigaba, casi despilfarraba su fecunda simiente (**Cálmate, Pipe. Tus caricias me electrizan la piel.**) Su prodigiosa savia, su semilla, deseaba germinar; pero era en vano, pues prejuicios raciales decapitaban su eclosión condenándola a la esterilidad. (**Suéltame, Pipe. Me enloqueces.**)

— Un libertino, Lala, un mujeriego; lenguaraz, egoísta, mentiroso. ¿Qué se podía esperar de un individuo de tan innoble casta, de un perverso burlador de muchachas? Sin escrúpulo alguno creía tener derecho de pernada, pretensión que tal vez no era ostentoso afán de hacer alarde, pues cuando revisamos los cómputos de sus más conocidos desafueros obtuvimos la triste convicción de la jugosa cifra de mujeres caídas en las redes del seductor, amén del cúmulo de inermes vírgenes violadas por él con artimañas.

— Nosotros, los instintos de Felipe, supimos rebelarnos contra la ultramontana y mezquina moral estatuida por anticuadas normas de totem y tabú. Por eso lo impulsamos al disfrute de la vida libérrima. ¡Loamos la pureza del cuerpo en su desnudo esplendor ¡Negamos el pecado original! ¡Ilustres beatas, abajo las camándulas y las hipocresías!

— Juan Felipe Durgel había crecido, mis amadas discípulas, como espiga silvestre sin temerles ni a la lluvia ni al sol: Desde niño jugueteaba desnudo sobre la arena o zambullíase entre las olas. (**Sosíégate, Felipe. Sé cómo estás. Te siento.**) Nació y vivió en esta isla, despreocupadamente, mecido por el mar y arrullado por las palmeras lánguidas.

— Y nosotras, sus glándulas, no hacíamos otra cosa que vivir en perpetua actividad. Con tal espécimen era preciso estar alerta día y noche. Semental pura sangre, Felipe era rijoso y esaba convencido de su estupenda dimensión varonil. Garañón o padrote, como quiera llamársele, era un hombre. Su desventura fue, a no dudarle, su loca e insaciable búsqueda del placer. Goce tras goce, vivió de realidad efímeras. De ahí que fue un eterno insatisfecho.

La mujer que él deseaba, la inasible, se deshizo en promesas, en un perenne sueño inaferrable.

— Maldad, libertinaje, impudicia, vicio y refinada crueldad, lo sabes, Lala, todo eso fue Felipe. Hacía alarde de sus proezas lúbricas sin preocuparse de las pobres criaturas ultrajadas de las que él se burlaba. Se ufanaba de dar siempre en el hito mediante argucias. Las reglas de su juego no consistían en rebuscados halagos o en el vestir con garbo o en seducir a las mujeres a fuerza de ir enhebrando frases almibaradas y llorosos requerimientos sino en el vil engaño, la vulgar macalusia o la violencia a mansalva.

— Desde el cielo estrellado, siempre alumbré sus lides amorosas sobre el pontón o en la playa o en las barcas. Cierta procaz gringuita, poseída por él, convulsionada, mirándome brillar en el cielo, le decía ebria de goce: **Look at the moon, John Pipe. It is beautiful.**

— Felipe era la gota cayendo en el océano (**sí, cariño, ten calma**); era el chisguete viril del surtidor (**Pipe, modérate**); era la esencia de todas las pasiones.

— Un vago, ocioso, flojo, sinvergüenza, haragán, chulo y poltrón. Dormía a sus anchas mientras la gente honrada cumplía con sus deberes como Dios manda.

— No era tan perezoso, pues en casos de urgencia madrugaba. Yo acunaba su panga entre mis olas cuando, a cambio de dólares, entretenía el **spleen** de alguna gringa otoñal. Me decía: Oh, mar, ayúdame. Necesito dinero.

— Su desmedida soberbia y su incoercible lujuria lo volvieron cruelmente despiadado como si su sevicia la causara algún deseo de venganza.

— Toda hembra aprovechable debe ser poseída.

— Tienes razón, buen zángano. Lo grave es que si alcanzas a tu reina, tras poseerla, debes morir. Qué lástima. No vamos a negarte que nosotras, las flores, también sabemos algo de esa filosofía. No hay existencia que no surja de un polen.

— Queridas educandas, no quisiera que malinterpretaran mis palabras, pero creo necesario confesarles que cada noche, al evocar a Felipe, me parece verlo surgir de mis ensueños como un fantasma real —delfín en

celo— de entre las olas glaucas. (**Sigo añorándote en mi aún fogosa soledad. Vivo evocándote.**) No olvidemos que fue un gran pecador, según dicen, y que no tuvo tiempo de arrepentirse. Elevemos piadosamente nuestros ruegos con la seguridad de redimirlo...

—Por desgracia, nosotras, las mujeres de la isla y sobre todo las madres, sin noticias exactas de lo que sucedía, tal vez pecamos por haber sido incautas y poco precavidas. Claro, no era posible predecir sus ataques ni evitar su lasciva voracidad. Mucho menos podíamos aplicarle la sanción merecida, pues las zonzas jovencitas burladas preferían silenciar su desventura como lo hacían, años atrás, las violadas por los **marines** entre los que campeaban también gringos negros que, cuando estaban ebrios, cantaban **Yo también soy América** como diciendo «si los blancos lo hacen, también nosotros lo podemos hacer.»

— Mis olas cadenciosas rompen sobre los arrecifes y acantilados del humilde cementerio de la isla. Quizá bajo la losa donde una mano amiga grabó su nombre descanse en paz su pánico entusiasmo genesíaco.

— Sin embargo, tengamos fe, Malala. La justicia divina fulmina al pecador tarde o temprano. Esperemos que cuando él rinda cuentas en el Valle de Josafat obtenga... (**Ráfaga musical.**)

— ... la gloria que merece (**no me excites, Felipe**) que es la de estar sentado a la diestra de Dios Padre.

(**Compases de órgano. Coro de voces núbiles. Repique de campanas.**)